

Reflexiones sobre la insularidad: desde una condición geográfica hacia una concepción sociocultural

Reflections on insularity: from a geographical condition to a sociocultural conception

Aliney Santos Gallardo

Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Cuba

Arlen Nuñez Lamar

Emisora *Radio Arimao* de Manicaragua, Cuba

Resumen: Debido a la compleja diversidad sociocultural de los países caribeños los estudios sobre esta área han sido tradicionalmente acercamientos fragmentados, sin el interés de reflexionar sobre el Caribe como región geocultural. No obstante, durante las últimas décadas algunas investigaciones han asumido posturas metodológicas diversas que evidencian una preocupación por la esencia del área, más allá de las diferencias entre los países que la integran. La experiencia de la condición insular se percibe como una constante sobre la que ampliamente se ha reflexionado, aunque pocas veces desde una perspectiva que resuma la multiplicidad de sus formas de expresión. Esta investigación tiene como objetivo la revisión bibliográfica sobre las principales posturas críticas relacionadas con la experiencia sociocultural de la insularidad caribeña, sus puntos de encuentros y desencuentros.

Palabras clave: insularidad; cultura caribeña; pensamiento caribeño

Abstract: Due to the complex sociocultural diversity of the Caribbean countries, studies on this area have traditionally been fragmented approaches, without the interest of reflecting on the Caribbean as a geocultural region. However, during the last decades some investigations have assumed diverse methodological positions that show a concern for the essence of the area, beyond the differences between the countries that comprise it. The experience of the island condition is perceived as a constant on which it has been widely reflected, although rarely from a perspective that summarizes the multiplicity of its forms of expression. This research aims to review the literature on the main critical positions related to the sociocultural experience of the Caribbean insularity, its meeting points and disagreements.

Keywords: insularity; Caribbean culture; caribbean thought

El universo esencialmente insular del Caribe

El Caribe se nos presenta como una unidad variable en lo que respecta a geografía, cultura y etnografía; con características propias en función de su historia, dominación colonial e idioma. Esta polémica ha conllevado a que términos como «cultura caribeña», «lo caribeño» y «caribeñidad», sean tomados como conceptos inestables en perenne cambio.

A partir de esta cosmovisión, lo caribeño trascendería tanto las fronteras del Mar Caribe como de la plantación americana, conformando un macrosistema abierto cuyos orígenes se encuentran dispersos por varios continentes. Según las teorías de Antonio Benítez Rojo (1996: 10), es válido definir el sistema de lo caribeño como acéntrico, heteróclito, inestable, ambivalente, en constante transformación. A estas pautas sería válido agregar que la caribeñidad se mantiene en continuo proceso de criollización. Ante la expansión del discurso caribeño Benítez Rojo propone denominarlo atlántico o de la Nueva Atlántida, discurso novoatlántico a través del cual se proponen referentes más amplios del entorno caribeño.

La enorme diversidad cultural del área y en el profundo proceso transcultural acaecido en la región caribeña pueden tildarse de trascendentes, al constituir el Caribe uno de los lugares privilegiados donde se produce uno de los más grandes choques de razas y culturas que ha presenciado la humanidad. En sentido general, su delimitación está marcada por un carácter humanista que flutúa en un movimiento constante de expansión y retracción que la redefine a cada paso, con razón Benítez Rojo lo compara con el *caos* espiral de la Vía Láctea. En el ensayo *La isla que se repite: para una reinterpretación de la cultura caribeña*, su idea de *caos* desarrolla una nueva perspectiva científica a partir de la cual el archipiélago del Caribe surge y se desarrolla en una constante fluidez sociocultural en la que se aprecia una isla que se repite a sí misma con absoluta constancia. Esta situación polémica el autor la sintetiza de la siguiente manera: «Es imposible fijar la isla que se repite, porque el Caribe no es un archipiélago común sino un meta-archipiélago que carece de límites y de centro, es el último de los grandes meta-archipiélagos» (1996: 115-116).

En el afán de aplicar al espacio caribeño los cánones que durante siglos han marcado los estudios culturales, la mayoría de los autores se empeñan en definir los patrones comunes que

persisten entre las islas caribeñas, sin embargo, Alejo Carpentier en su texto *La cultura de los pueblos que habitan las tierras del mar Caribe*, reflexiona sobre la diversidad entre ellas. Según la mirada carpenteriana, aunque no pueden negarse las similitudes geoculturales que agrupan en un sistema integrado a islas antillanas, cada una de ellas presenta características muy singulares. De esta manera, se refiere a la originalidad musical de la isla de Trinidad, a la cultura extraordinaria de la Barbados y a la isla de Cuba, que por ser la primera descubierta introdujo el paisaje de América en la literatura universal. Para Carpentier, el entorno natural resulta original y diverso en cada isla caribeña y es esa diversidad la que propicia un factor común a toda la región (1981: 199).

De gran valía para esta investigación resulta ver el Caribe como una isla que se repite en el sentido paradójico del discurso del *Caos* con la cual lo asume Benítez Rojo. Dentro de su constante movimiento evolutivo el núcleo antillano ha funcionado como el centro más permanente y representativo. Los factores que hemos mencionado han hecho de esta una zona insular por excelencia donde más allá de las diferencias tangibles entre las partes que lo integran su perspectiva de vida ha sido la de una verdadera isla que se renueva a sí misma una y otra vez.

En tal sentido consideramos válida la posición de Benítez Rojo al enfrentar el estudio de la cultura vista como un objeto fractal. Esta postura, que es retomada y desarrollada posteriormente por Álvarez Álvarez y Mateo Palmer, se aviene a la medida con la naturaleza del «continuo fluir de paradojas» en la que fluctúa el Caribe y se convierte en una actitud de estudio que permite un acercamiento diferente a la cultura, no solo de esta región, sino como macrosistema complejo y variable:

Un objeto fractal puede ser subdividido en partes infinitas, las cuales conservan en esencia una relación de similitud con el objeto íntegro. Así, pues, una de las propiedades características de los fractales es contener una imagen de sí mismos en cada una de sus partes y su estudio ha generalizado un conjunto amplio de nuevos procedimientos para el estudio de los fenómenos de la realidad.

[...]

La iteración es un elemento de enorme importancia en los objetos fractales, vale decir, la recurrencia de elementos como constituyentes del objeto fractal. La iteración, desde luego,

constituye uno de los elementos más evidentes en los objetos lingüísticos complejos, desde el nivel de microestructura comunicativa (palabra-oración) hasta la zona en que el signo lingüístico se transforma en signo literario (discurso artístico o literario como tal). La cultura, en su realidad general y concreta, constituye una realidad donde el caos, en sentido físico, parece la realización habitual. La cultura fluctúa y magnifica o reduce sus propios componentes, en particular los de carácter axiológico, que son los de más honda entraña en todo fenómeno de carácter cultural; pero ello no puede impedir que la cultura sea, en su esencia profunda, un sistema, incluso uno de carácter holístico, donde cada elemento reproduce nítidamente la totalidad del sistema, a la manera en que el *aleph* borgiano constituye un mágico mirador al universo. Así, considerarla como un fenómeno fractal, donde cada uno de sus componentes expresa la totalidad, permite asomarse a su complejidad con una actitud diferente. (Álvarez y Mateo, 2005: 10-11)

La complejísima condición del Caribe, en su carácter aglutinador de las más variadas culturas y formas de expresión, que lo hacen ser reconocido como una especie de *aleph* borgiano, no puede estudiarse satisfactoriamente desde una clásica visión historicista, ni siquiera desde la propuesta *systadial* de Franklin Knight; pues los modelos eurocéntricos, que en determinados momentos pueden ser válidos del otro lado del Atlántico, no responden a las principales interrogantes del área, ni contribuyen a un reconocimiento cabal de la misma. El hecho de comprender el fenómeno cultural caribeño como la unidad de lo diverso implica entonces una visión distinta de su esencia, una conformación de su identidad vista no tanto desde la mismidad, sino desde la diferencia.

Por ello, si bien no consideramos que la perspectiva fractal pueda resolver de manera unilateral y exclusiva los problemas metodológicos que aún persisten en los estudios del que denomina Benítez Rojo «el último meta-archipiélago», sí parece encontrar esta vez la zona caribeña una posible solución en afán de distinguir, dentro de la múltiple amalgama de formas que la constituyen, esa serie de tropismos comunes que la definen como un todo sociocultural.

Dada la condición insular del centro nodal caribeño, y atendiendo a que las zonas periféricas han funcionado durante siglos

como cuasi-islas económicas o socioculturales, no es de extrañar entonces que la insularidad constituya una experiencia de vida común a la mayor parte de la región y, por tanto, una fuerte iteración que se presenta una y otra vez desde los inicios de la colonización. Así, desde la diversidad propia del área, el debate sobre el tema se coloca en el centro de las problemáticas socioculturales al condicionar en los isleños una manera peculiar de observar el mundo y sus relaciones con todo aquello que les rodea. En este texto pretendemos abordar las principales posturas al respecto.

La isla: desde una condición geográfica hacia una concepción sociocultural

Para una conceptualización de lo insular debemos partir, en primer lugar, de una teorización sobre la insularidad como vivencia geográfica y cultural. En su condición genesiaca *isla* es una definición primordialmente territorial que designa a una porción de tierra rodeada por agua, no obstante, las manifestaciones generadas por esta situación, y que se agrupan bajo el término de insularidad, no son percibidas de la misma manera según los autores y las disciplinas. Para una determinación geocultural del fenómeno de la insularidad resultan de gran interés las teorías de importantes geógrafos y naturalistas. Sus investigaciones se centraron en delimitar los límites geográficos del entorno insular, atendiendo, a su vez, a factores económicos y sociales.

Louis Brigand, destacado profesor y geógrafo de la Universidad de Bretaña Occidental, reflexiona sobre cómo algunos estudios se rehúsan a reconocer en lo insular valores particulares más allá de un mero objeto geográfico, a partir de lo cual la isla debe ser considerada como un espacio con el mismo título que la montaña, la llanura o el valle. Otros, como el propio Brigand, ven en la insularidad el corazón de las problemáticas que atañen a las islas y colocan su estudio en el centro de sus cuestiones científicas (2009).

En sentido general, según apunta Brigand, este concepto no es empleado únicamente por los geógrafos, sino que también los economistas, los demógrafos y los estadísticos han reflexionado igualmente sobre la importancia de la isla en los campos económico y político. Sin embargo, fueron los naturalistas los que se interesaron desde hace mucho tiempo por las islas y por sus aportes teóricos para las ciencias que derivan de la biología. Los trabajos científicos de los biólogos que tratan sobre las islas y los

islotes permitieron desarrollos esenciales en el marco de las teorías de la evolución de las especies y de la insularidad.

Para Philippe Pelletier (Gonon, 1998), geógrafo francés que se especializó en el estudio de la isla de Japón, la insularidad es la relación dinámica que se construye entre un espacio insular y la sociedad que allí vive. La cuestión del tamaño es, según él, menos importante que la de la ocupación humana. Por ello, la condición insular sobrepasa los límites tangibles de la geografía para convertirse en una concepción mucho más compleja que alcanza a la sociedad y a las relaciones que en ella se establecen.

La isla funciona como tal cuando sus habitantes tienen la conciencia de que viven rodeados por una frontera marítima que condiciona su desarrollo, en este sentido es similar el criterio de Françoise Péron:

Une île est considérée comme petite quand chaque individu qui y vit a conscience d'habiter un territoire clos par la mer. Une île est considérée comme «grande» lorsque l'ensemble de la société a conscience d'être insulaire, alors que les individus peuvent ignorer ou oublier qu'ils habitent une île. (Taglioni, 2006: 666)

La teoría de este explorador y naturalista francés del siglo XIX se basa en el hecho de que una isla es considerada como tal cuando el espacio de tierra adentro es tan pequeño que sus habitantes deben vivir bajo la constante conciencia de que se encuentran en un territorio rodeado por agua, lo que hace que sus vidas se desarrollen indisolublemente ligadas al ámbito marino o costero. Por otro lado, cuando el territorio es lo suficientemente grande como para que la sociedad pueda desarrollarse de espaldas al mar, entonces puede hablarse de una insularidad que no condiciona la existencia porque el espacio de tierra adentro les permite ignorar la constante presencia del mar como límite tangible. Por otra parte, la mera delimitación de los límites físicos de una isla no resulta tan simple como parece, porque puede variar desde un pequeño islote o cayó, de unos cuantos metros de longitud, hasta una isla-continente como Australia.

¹ Una isla se considera pequeña cuando cada individuo que vive en ella tiene conciencia de habitar un territorio delimitado por el mar. Una isla se considera «grande» cuando toda la sociedad tiene conciencia de su condición insular, mientras que sus individuos pueden ignorar u olvidar que habitan en una isla. (Traducción propia)

Por otra parte, en cuanto a estos albores o primeros intentos por conceptualizar el tema en cuestión, vale la pena considerar la opinión de Nelson Cárdenas Ramírez:

Del insularismo pudiera decirse que es una emanación o desgajamiento de los postulados de la «psicología de los pueblos» o «Völkerpsychologie». Según me entero por Lucrecia Artalejo esta corriente se remonta hacia 1851, con los trabajos fundadores de Heymann Steinthal y Moritz Lazarus, y tiene como objetivo: «encontrar en las condiciones naturales — la tierra, el clima, el paisaje, la raza — o espirituales — el medio social y la historia vista en su sentido positivo tradicional de sustrato — explicación científica para las manifestaciones culturales que caracterizan a cada pueblo. (2002: 81)

Atendiendo a la presencia de esta constante insular en el Caribe Beatriz Pastor comenta cómo desde las crónicas de Colón se sustituye un discurso informativo e historiográfico de carácter objetivo por un relato ficcional y mitificador en el que, dentro de los pocos elementos reales que nutren su obra, sobresalen las descripciones de la naturaleza. Es este el primer momento en el que la isla caribeña queda ilustrada como espacio mítico en la literatura.

Se sabe que Colón, al llegar a las tierras americanas, lleva a cabo un proceso de verificación e identificación que parte de fuentes y modelos preestablecidos. Sobre esta base se produce la deformación y ficcionalización de una nueva realidad totalmente desconocida. Es interesante destacar que el primer elemento de esta realidad con el que entró en contacto el almirante fue la naturaleza, por ello, la descripción ocupa un espacio importante en sus diarios. Se refiere a la existencia de islas «extensísimas» y «grandísimas», «verdes y fertilísimas», «aguas muchas», «lagos grandes»; constituye aspecto reiterativo la alusión a lo «verde» y «fermoso» de estas tierras, expresiones que marcan el interés del autor por explicitar la exuberancia y la riqueza naturales de estas tierras halladas, rasgos que las hacen tan diferentes del Viejo Mundo (Pastor, 1983).

En el discurso colombino se describe la isla caribeña como espacio mítico por excelencia que suscita lo paradisiaco, pero también lo infernal de un ámbito tenebroso en el que habitan diversas monstruosidades. Esta dualidad de sentidos, sumamente

importante para la temática de la insularidad, está latente ya desde el texto colombino: «Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo, y otros con hocicos de perros, que comían los hombres, y que en tomando uno lo degollaban y le bebían su sangre, y le cortaban su natura» (De las Casas, 1892: 46).

Sin embargo, para hablar de la insularidad como vivencia cultural específicamente en el Caribe, resulta de obligatoria consulta el ensayo *Insularismo*, de Antonio S. Pedreira. El texto, que se presenta como uno de los fundadores del tema en la región, muestra también el modelo retórico de una escritura que apunta directamente hacia lo nacional. Su creación funda una escritura de la identidad puertorriqueña, consolidándose en este período el nacionalismo cultural que, a su vez, compensaba la inexistencia de un estado nacional independiente en la isla. Este autor plantea su deseo de penetrar en la esencia de la ínsula a la que pertenece para de esta forma señalar los elementos dispersos que pueden dar sentido a la personalidad del ser isleño. Aún no está diseñado, según él, lo que denomina «nuestro ademán», término que «constituye el único motivo de preocupación de lo que aquí llamamos insularismo» (1942: 16).

La experiencia de la insularidad en las islas caribeñas promueve una necesidad de autoafirmación identitaria al tiempo que provoca asfixia ante la existencia de «un clima que nos derrite la voluntad y causa en nuestra psicología rápidos deterioros; ante un calor que nos madura antes de tiempo y antes de tiempo nos descompone» (Pedreira, 1942: 50). Esta imagen de la putrefacción constituye uno de los elementos reiterados en la expresión cultural del insularismo y la crítica vuelve sobre ella reiteradamente a partir de la segunda mitad del siglo xx.

Por otra parte, en *Insularismo* se plantea que todo en las islas adopta un aire suave, halagador y profundamente femenino. No obstante, «la tierra sigue agónica, resbaladiza, acumulando males sociales y económicos, presionando, antes como ahora el problema de nuestra idiosincrasia» (1942: 63). Esa mirada hacia la tierra — primera palabra española según el autor —, es una cuestión significativa para un análisis de la insularidad como motivo literario. Pedreira dice: «No podemos avanzar hacia el mar para hacer la expansión del territorio, no cabe otro recurso que la expansión vertical: ir hacia arriba, hacia adentro, hacia abajo, para cultivar ideas y sentimientos viriles» (ibídem: 44-45). A su vez, la

isla es para Pedreira un espacio cerrado que lleva a la sumisión y al aislamiento:

El cinturón de mar que nos cerca y nos oprime va cerrando cada vez más el espectáculo universal y opera en nosotros un angostamiento de la visión estimativa [...]. Imantados hacia adentro, atropellados en una densidad de población de 485 habitantes por milla cuadrada, vivimos impasibles, fundidos en nuestra abulia, creyéndonos el centro del mundo, empotrados en este rincón de las Antillas, lejos de todo ritmo hispanoamericano. Regidos por un perpetuo compás de espera, permanecemos en actitud interrogante, sin encontrar la orientación definitiva sobre la cual plasmar nuestras aspiraciones. (Ibídem: 160-161)

De las reflexiones sobre el tema es importante destacar, además, la *teleología insular* lezamiana. José Lezama Lima se refiere a la necesidad de entender el «insularismo» atendiendo no solo a una condición geográfica, sino también a cierto sentimiento particular que apunta a la sensibilidad del isleño:

¿Qué extensión le da usted al concepto «insularismo»? Porque si Cuba es una isla, Inglaterra, Australia y el planeta en que habitamos es una isla. Y los que viven en isla deben vivir «hacia adentro». Además, si se habla de una sensibilidad insular, habría que definirla o, mejor, que adivinarla por contraste. En este caso, ¿frente a qué, oponiéndose a qué otra sensibilidad, se levanta este tema de la sensibilidad diferente de las islas? (1953: 43)

Para él: «insularismo ha de entenderse no tanto en su acepción física, que desde luego no deja de interesarnos sino, sobre todo, en cuanto al problema que plantea en la historia de la cultura y aún de la sensibilidad» (1953: 43). A esta sensibilidad muy individual le atribuye lo que debería ser una forma de encontrar una teleología insular para lograr así una definición de la poética cubana. Si bien la visión lezamiana es esencialmente porvenirista, más que una solución lo plantea como una cuestión inherente al isleño: «Nosotros, obligados forzosamente por fronteras de agua a una teleología, a situarnos en la pista de nuestro único telos» (1953: 57).

Lezama asume la teleología insular como una necesidad para crear los basamentos básicos sobre los que debe cimentarse la identidad cubana, su propuesta está dirigida hacia la conveniencia

de construir un espacio alejado del eurocentrismo, sin renegar de lo universal. Para él la resaca es el aporte fundamental de las islas a lo propio, a un arraigo nacional que proyecta su imagen desde el centro. Su perspectiva es optimista al considerar que nuestros orígenes culturales nos ennoblecen y autentifican en su multiplicidad.

Si para su generación la identidad es el contraste, él se encuentra próximo a la mismidad al partir de la pertenencia y la integración de lo insular en lo demás. Su propuesta apuesta por una búsqueda de lo universal en lo trascendente y el vencimiento de los regionalismos superficiales: «La isla se convierte en espacio definidor de quien la habita, como peculiaridad específica, al mismo tiempo que se fusiona con el horizonte que la trasciende» (Lezama, 1993: 18).

Asimismo, de interés para la noción de insularidad en el Caribe resultan los estudios de Antonio Benítez Rojo centrados en la cultura caribeña. En su libro *Archivo de los pueblos del mar* este autor comienza rememorando el momento del descubrimiento de las Antillas cuando los primeros exploradores y cronistas europeos quedaron maravillados ante la magnificencia de aquellas islas edénicas. Además, sostiene que «a pesar de todo lo que se ha investigado y escrito sobre las islas del Atlántico, no se conoce ninguna obra que las haya estudiado a fondo desde una perspectiva de conjunto» (2010: 101). Además, considera que el paisaje marítimo es un aspecto que oscila entre lo psicológico y lo antropológico y que se encuentra en estrecha relación con la condición de ser isleño. Sin embargo, resulta interesante que su visión del vínculo entre el mar y el habitante de islas difiere de otros autores:

El eterno paisaje del mar nos ha hecho mirar hacia fuera, hacia el horizonte, es decir, ser un pueblo extravertido, sonriente y generoso con el forastero. Esto no es nada nuevo, pues millares de ingleses, franceses y alemanes lo han reconocido en sus libros de viaje. Pero hay algo más difícil de observar que también es muy nuestro. Una tristeza secreta, que rara vez compartimos, producto de nuestro aislamiento microscópico, de nuestra soledad en medio de tanto turista. Es esta inconformidad de naufrago la que siempre nos ha empujado a abandonar las islas en busca de otras tierras más amplias, más pobladas, más ricas: capitales científicas

y tecnológicas donde se nos ocurre que pasan cosas de importancia mayúscula.(2010: 108-109)

Benítez Rojo plantea la necesidad insular de buscar otros lugares más amplios que rompan el estrechamiento asiduo a las islas: «La insularidad de los antillanos no los impele al aislamiento, sino al contrario, al viaje, a la exploración, a la búsqueda de rutas fluviales y marinas» (2010: 130). El aislamiento es la primera condición que impulsa la mirada hacia el horizonte, aun cuando no siempre alcanzarlo termine siendo placentero: «Con el tiempo nos desencantamos y viene la nostalgia del mar y de la brisa, de las modestas catedrales, de las fachadas barrocas y los cañones herrumbrosos, de las palmeras, el malecón y el carnaval. A veces morimos sin regresar, y eso es triste» (2010: 109).

Un texto aportador sobre las formas de expresión de la insularidad como vivencia cultural y su manifestación en la literatura es el de *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*, de Fernando Aínsa. El centro de su análisis lo constituyen lo que denomina «islas construidas». Según él, ante un establecimiento de la relación que agrupa la variedad de «islas posibles», surgen la figura de la isla-nación, tal es el caso de Inglaterra o Madagascar; la isla-ciudad, como Ámsterdam; o la isla-continente, como Australia. En este última sitúa también al continente americano, pues su condición entre dos océanos fue garantía de su condición inédita para el resto del mundo hasta 1492 y, posteriormente, pretexto para convertir a América en el espacio insular privilegiado de la utopía.

Su definición de «ínsulas de tierra firme» vincula la isla con una voluntad de insularidad y no limitada a un simple accidente geográfico. Así pues, las utopías tendrán por escenario primero las islas y la vocación esencial de las mismas será el aislamiento buscando la incontaminada pureza:

Si una isla no existe, pues, se la «fabrica» a partir de la decisión de cortar el cordón umbilical que la une al continente. Herodoto cuenta cómo los cinidienos empezaron a construir un canal, porque querían hacer de su país una isla. Siglos más tarde, la isla de Utopía de Tomás Moro es el resultado de la obra decidida por el rey Utopos de cortar el istmo de Abraxa, de quince millas de largo, que la une al continente. La primera utopía de la historia del género se funda, pues, en

una isla que es el resultado de una voluntad de «insularidad» y no de un accidente natural de la geografía. (Aínsa, 2002: 38)

El arquetipo del *topos* insular siempre ha resultado fuente de inspiración que adquiere diversas connotaciones míticas, psicológicas y literarias, mas Fernando Aínsa prefiere como lugar ideal una isla bien pequeña, como símbolo de individualidad, en la que se percibe ligado a una sensación de espacio finito un sentimiento de pertenencia. Afirma que ya desde la Grecia de Homero y partiendo de los viajes de Ulises entre las islas del Mediterráneo se funda el imaginario insular y desde ese momento se vincula la insularidad con lo esencialmente femenino.

Según este autor, la dimensión paradisíaca o infernal no resulta exclusiva de la cultura occidental proyectada en América ante el descubrimiento y la conquista. También es hallada en el pensamiento oriental, donde la etimología de la palabra de origen sánscrito del Sur de la India Lanka, que deriva de *Laka* que significa obtener. De esta forma la isla de la doctrina hindú resulta el lugar en el cual se obtiene la verdadera felicidad. De igual modo, la isla como centro del mundo, reaparece en la noción del paraíso budista del imaginario japonés. Al igual que Pedreira, sostiene la idea de que el insular debe volcarse hacia adentro, pues solo así alcanzará la divina pureza: «Desde entonces las utopías tendrán por escenario privilegiado las islas y su vocación primordial será el “a(isla)miento”. Es esta voluntad de aislarse en forma deliberada la que explica la insularidad de tierra firme» (2002: 38).

Por otra parte, en un texto que resultara premio de Pensamiento Caribeño 2005, Luis Álvarez Álvarez y Margarita Mateo Palmer reflexionan sobre cómo la insularidad es una vivencia cultural que tiene que ver con la adopción de una mentalidad determinada. Esta es la razón por la que constituye un elemento esencial en la literatura y cultura caribeñas, en la que asumen trascendental importancia la visión del mar y la noche antillana. En una postura similar a la de Benítez Rojo, conciben al hombre isleño con su mirada perdida buscando más allá del horizonte:

La propia realidad de la geografía insular caribeña siempre ofrecerá la visión de un horizonte perdido en lejanías. Fronteras de agua, sentimiento de lontananza ante la presencia inabarcable del mar, hambre de espacio desatada por esa plenitud de la distancia que expande la vista: lo cierto es que el

mar, en su fluir constante, despierta en el hombre encontrados anhelos [...] El insular vive hacia adentro afirmó el poeta José Lezama Lima en su diálogo con Juan Ramón Jiménez, pero también puede volcarse hacia fuera, en un afán de romper el aISLAmiento y suplir, con el viaje o la fantasía, aquel espacio otro que le está vedado. (2005: 93-96)

Para Álvarez y Mateo la isla es el lugar cargado de pureza que ahonda en la noción de esencia del propio ser del hombre caribeño. Sin embargo, a partir de los criterios analizados hasta el momento, se percibe una dualidad de sentidos que, frente al topos insular edénico, opone la insularidad como prisión posible, como espacio de agresión y muerte. De esta forma la visión del mar, además de presentarse como símbolo de infinitud, muestra la idea de encierro, contención y recogimiento.

En tal caso, la visión de la insularidad comprende también las esencias concretas de la realidad social abordando la miseria, la opresión, la desigualdad social, la dominación imperial. De esta forma, y paradójicamente, el Caribe se presenta como espacio mítico, pero también como lugar propicio a la injusticia social, al maltrato al hombre, así como a la explotación económica. Es también el tópico insular para estos intelectuales una voz de alerta frente a las penurias y calamidades que azotan a las islas. Es exactamente esta imagen de una isla rodeada de las más desgarradoras penurias lo que constituye la manera en que el tópico insular asume, y no traiciona, la realidad social de estas tierras. Por ello la exuberancia natural paradisíaca puede transformarse en un maleficio que ahoga al hombre caribeño en una proliferación de colores. La isla es también un espacio criatural, grotesco, contaminado por circunstancias maléficas donde lo edénico es deteriorado por lo paupérrimo:

Islas mutiladas—cojas, mudas, mancas— que arrastran, reptando, sus pérdidas y carencias. Islas delirantes, enloquecidas, exiliadas del mundo y de sí mismas. Islas leprosas, de piel dañada y adornadas con pústulas y postillas. Islas tuberculosas, boqueando en la arena su falta de aire, asfixiadas en la transparencia de la brisa marina. Islas epilépticas, temblorosas, de espasmódicas contracciones, recorridas por incontrolables convulsiones de poseso. Islas sifilíticas que no ocultan la podredumbre de sus llagas venéreas donde el

delirio del sexo ha tatuado la triste cosecha de su historia de prostituciones y orgiásticas bacanales. Islas bulímicas, perdidas en los marasmos de un hambre insaciable que se potencia en los aromas de las frutas, tantálico destino de quienes han recibido el magnífico regalo de una naturaleza pródiga que no les es dado disfrutar. Islas elefantiásicas, de miembros desproporcionados, acrecentados por hinchazones, cuyas desmesuradas formas convierten en grotesca caricatura el mapa insular. Islas negras, que arrastran su historia de grilletes y cepos, pobladas de fantasmas humillados, de espíritus que no alcanzan sosiego, de almas en pena que arrastran sus cadenas en la oscuridad de la noche antillana. Islas caníbales, antropófagas, que arañan y muerden a sus semejantes para robarles un poco del soplo de vida que se escapa. (Álvarez y Mateo, 2005: 186-187)

Asimismo, desarrollan un criterio estrechamente relacionado con el planteado por Fernando Aínsa sobre las «islas construidas», pues reflexionan sobre la existencia de países tales como Surinam, Guyana, Belice y otros contextos latinoamericanos que presentan características naturales similares a las propias del clima insular y muestran otros factores extrageográficos que los convierten en islas culturales.

A modo de conclusiones

Las diferentes posturas sobre la cuestión de la insularidad nos permiten comprender que, más allá de una condición geográfica y de la multiplicidad de formas en que puede ser asumida y expresada, esta se encuentra vinculada a la noción de identidad y proviene de la experiencia cultural de habitar en una isla. En relación con la identidad caribeña la insularidad establece fundamentalmente dos movimientos, uno centrípeto hacia lo propio y otro centrífugo hacia la universalidad.

Asimismo, no puede hablarse del sentimiento insular como único e inmutable, pues depende en gran medida de las circunstancias concretas de cada territorio y de sus habitantes. En este sentido debe considerarse la insularidad «como unidad múltiple producto de circunstancias socio-políticas, físico-geográficas, sensitivo-emotivas, psicológicas y discursivas que emergen como experiencias individuales y rebasan estas fronteras íntimas para condicionar el espacio que les rodea al tiempo que toman de él los rudimentos que las determinan» (Santos, 2011: 9)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aínsa, F. (2002). *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Álvarez, L. y Mateo, M. (2005). *El Caribe en su discurso literario*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- Benítez, A. (1996). *The Repeating Island. The Caribbean and the Post-modern Perspective*. Duke University Press.
- Benítez, A. (2010). *Archivo de los pueblos del mar*. Puerto Rico; Ediciones Callejón.
- Brigand, L. (2009). *Besoin d'îles*. Francia: Editorial Stock.
- Cárdenas, N. (2002). En busca de la identidad. *Isla que no existe*. La Habana Editorial: Letras Cubanas.
- Carpentier, A. (1981). La cultura de los pueblos que habitan las tierras del mar Caribe. *Anales del Caribe*. La Habana: Ediciones Casa de las Américas.
- De las Casas, B. (1892). Relación del primer viaje de Cristóbal Colón para el descubrimiento de las Indias. *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*. Madrid: Biblioteca Clásica.
- Gonon E. (1998). Philippe Pelletier. La Japonésie. Géopolitique et géographie historique de la surinsularité au Japon. *Ebisu* 18 (187-189). www.persee.fr/doc/ebisu_1340-3656_1998_num_18_1_1007.
- Lezama, J. (1953). Coloquio con Juan Ramón Jiménez». *Analecta del reloj*. La Habana: Orígenes.
- Lezama, J. (1993). Mito y cansancio clásico. *La expresión americana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Pastor, B. (1983). *Discurso narrativo de la conquista de América*. La Habana: Ediciones Casa de las Américas.
- Pedreira, A. (1942). *Insularismo. Ensayos de interpretación puertorriqueña*. Puerto Rico: Biblioteca de autores puertorriqueños.
- Santos, A. (2011). *El tratamiento de la insularidad como motivo temático en una selección de poemas de Nancy Morejón*, Tesis en opción al título de Máster en Cultura Latinoamericana. Instituto Superior de Arte.
- Taglioni, F. (2006). Les petits espaces insulaires face à la variabilité de leur insularité et de leur statut politique. En: *Annales de Géographie*, No.652. (666).

Recepción: 22 de agosto de 2019

Aprobación: 13 de enero de 2020



Este texto se distribuye bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Licencia Internacional.